

Un cuento de José Zuleta Ortiz



Un árbol de navidad

Presentamos este cuento del narrador caleño José Zuleta, quien lo ha cedido para la presente edición de Ergoletrías. Este breve relato -como todos en sus varios libros de cuento publicados hasta hoy-, lo convierten en un escritor excepcional en la literatura colombiana actual. Su destreza narrativa convierte las anécdotas aparentemente cotidianas en trasfondos de asuntos humanos, que nos dan qué pensar; su lenguaje de sutilezas y ambigüedades, producen efectos críticos y poéticos a la vez, convierten la lectura en una forma irónica leer el mundo.

Explorando los alrededores de la finca lo vimos. Era un árbol de pomarrosas. Desde que entramos en él se convirtió en el lugar donde huíamos del mundo.

Habíamos llegado de Cali a vivir a una casa alquilada en el campo, cerca de Medellín.

Era diciembre y esa tarde nos visitaban nuestros primos y sus papás: La Nena, hermana de mi padre, y su esposo Darío, un empresario muy rico, según decían.

No conocíamos a nuestros primos, y sentíamos timidez y expectativa por aquella

visita. Cuando nos presentaron se hizo evidente que éramos diferentes: estaban estrenando ropa fina y Andrés, el mayor, nos contó que venían del Club Hípico, en donde tenían diez caballos de raza. Explicó que por eso traía puestas las botas de montar.

–Me gusta saltar. –dijo

Lo invitamos al árbol. Mi hermano subió primero, yo lo seguí. Andrés trató de subir pero las botas de equitación se resbalan sobre la corteza, trastabilló dos veces antes de lograr las ramas bajas. Ya en interior, escuchamos a los azulejos que entraban y salían en un frenesí excitado. Picoteaban las pomas, lanzaban sus gritos agudos de trompeta y luego huían. Comenzamos a ascender hacia la copa. Tratamos de llegar a las pomas maduras. Mi hermano coronó primero y nos lanzó un par, yo atrapé una, el primo entorpecido por el susto dejó caer la de él. Yo le alcancé la mía.

Andrés preguntó:

–¿esto qué es?

–Una poma –respondí.

–¿y se come?

–Sí, –dijo mi hermano desde lo alto.

Yo agité la poma para hacer sonar sus semillas; Andrés imitó mi movimiento y exclamó:

–Suenan.

–Es una maraca –dije irónico.

–Son frutas de pobres, –replicó.

La mordió y escupió. Comenzó a descender y resbaló. Nosotros reímos. Se levantó del prado

y corrió hacia la casa.

Desde el recinto fresco del árbol, escuchamos que gritaba mientras corría: “papá, papá”. Guardamos silencio y nos quedamos allí disfrutando de la frescura, de la fragancia de las frutas y de la opacidad de aquel lugar de hojas oscuras, de penachos amarillos y pomas rosáceas que para nuestros paladares de pobre eran una delicia.

–¿Cuáles son las frutas de los ricos? –preguntó mi hermano.

–Las uvas, y los duraznos.

Seguimos allí un buen rato y cuando la tarde perdía su luz vimos que el primo Andrés venía de la casa con una determinación que me alcanzó a inquietar. Subió al árbol sin contratiempos y se acomodó lo más seguro que pudo, luego comenzó a hablar:

–Que ustedes nunca llegarán a ninguna parte. Y que no tienen futuro. Que van a ser un desperdicio.

Lo miramos con curiosidad y no respondimos.

–Mi mamá dice que como su papá los sacó del colegio ustedes van a ser fracasados. Su papá se puso muy bravo y dijo que nos fuéramos. Mi Mamá le dijo que si la estaba echando no volvería por acá.

Miré hacia la casa y vi que encendían las luces. La luz del día competía con la de los bombillos; un murciélago entró al árbol y se colgó de una rama alta justo encima de una poma rosa. El aspecto siniestro me pareció poca

cosa en comparación con lo que acabábamos de escuchar. Sentí curiosidad y me concentré para verlo comer. El primo estaba aterrorizado, ni respiraba. Bajó del árbol en absoluto silencio. Mi hermano que se encontraba más cerca del diablillo colgante no le quitaba los ojos de encima. Sentí que había venido a socorrernos, que había acallado lo que decía el primo, que era algo que de algún modo yo intuía; aun así, no soportaba escucharlo, pues lo que era un temor muy íntimo, adquiría ahora el rostro claro y evidente de la verdad.

—¿Si no vamos al colegio vamos a ser desperdicio?—preguntó mi hermano.

—No sé.

—¿Desperdicio es lo que botan, o lo que regalan?

—Sí.

—¿Será que nos van regalar?

—...

—¿Cómo saltan los caballos de raza pura?

Al fondo, por entre el follaje del árbol, vimos que los primos se iban de la casa. Darío salió primero y llamaba manoteando a La Nena para que dejara de alegar con papá.

Los dos hijos se me parecieron físicamente a nosotros. Iban detrás, obedientes. Andrés miraba hacia el árbol con cierta curiosidad, algo le dijo a su padre y señaló en nuestra dirección. Corrió hacia nosotros pero el papá lo retuvo. La nena muy contrariada gritaba a papá.

Finalmente se fueron y la noche se adueñó del árbol. La casa se hizo más nítida y era hermoso verla desde lo alto del pomaroso. Otros murciélagos entraron al árbol. Una

tórtola que no habíamos percibido empezó a cantar desde su nido. Nosotros escuchábamos y sentíamos aquel lugar como nuestra madriguera, allí estábamos a salvo, era un lugar donde el futuro no existía, además nadie podía vernos. Oímos gritar nuestros nombres. Nos quedamos quietecitos y mudos. Entonces vimos a nuestra madre en el corredor. Mi padre salió y comenzó a gritar nuestros nombres.

—¡Se los llevó!—gritó mi padre ebrio y furioso.

Lo que oí me llenó de tranquilidad. Ya no nos buscarían, ya no tendríamos que ir a casa a preguntar sobre nuestro futuro.

Llegó un golpe de viento que hizo mecer el árbol, mi hermano sonreía en lo alto de la copa complacido por ese columpio inesperado. Me alcanzó otra poma. Cuando la mordí me percaté de que tenía las marcas del mordisco de un murciélago. Pensé que me iba a transmitir la rabia. Nuestro padre furioso caminaba por el corredor. Nuestra madre salió,

—No han llegado a la casa, hablé con la empleada—Dijo

Comí con avidez la poma para que la rabia del murciélago me diera valor para enfrentar lo que fuera a suceder. Nuestra madre trató de hablar con papá y finalmente entraron a la casa.

—¿Será que la tía nos va a llevar a vivir al club de los caballos?

—...

Desde donde estaba se veía a través de la ventana de la casa una parte del árbol de navidad. Alcancé a ver los ángeles y las bolas plateadas contra el verde del pino.

Sonó el teléfono.

Un silencio tenso, fue interrumpido por la voz de nuestro padre que gritaba nuestros nombres. Salió al corredor y se encaminó hacia el árbol. Nos quedamos inmóviles en la copa. Se paró bajo el árbol y volvió a gritar nuestros nombres. Los murciélagos se asustaron y salieron volando con su torpeza impecable. Nuestro padre al verlos se fue.

—No están ahí.—gruñó.

Y se dirigió a otro árbol. Gritaba nuestros nombres y sentía, cada que los pronunciaba, que me lastimaba; que me hería.

—¿Será mejor que vivamos con la tía?

—El primo Andrés no nos va a dejar en paz.

Nuestro padre seguía mirando árboles y refunfuñaba cosas que no entendíamos.

De pronto regresó hacia nuestro árbol y volvió a mirar hacia arriba. Dejamos de respirar.

Tomó un cigarrillo, rastrilló varios fósforos antes de lograr encenderlo. Dio una gran chupada y expulsó el humo que llegó lento hasta nosotros. Se bamboleó, se apoyó en el tronco. Finalmente dijo:

—Mejor sería regalarlos.

Se alejó zigzagueando por el jardín. Desde nuestro árbol lo seguimos hasta que entró en la casa.

José Zuleta Ortiz. Bogotá 1960. Vive en Cali desde 1969. Ganador de varios premios nacionales de poesía y cuento, entre otros, el “Carlos Héctor Trejos” con el libro *Las alas del súbdito*; el Premio Nacional de Poesía “Descanse en Paz la Guerra” de la Casa de Poesía Silva de Bogotá con *Música para desplazados*; y el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009, con el libro de cuentos *Ladrón de olvidos*. Ha publicado los siguientes libros: *Las alas del súbdito* 2002, *La línea de Menta* 2005 (Universidad del Valle), *Mirar otro mar* (2006 Hombre Nuevo Editores), *La sonrisa trocada* (cuentos, 2008 Hombre Nuevo Editores), *Emprender la noche* (2008, Común Presencia Editores), *Las manos de la noche* (Universidad Nacional de Colombia 2009), *Todos somos amigos de lo ajeno* (Cuentos, Alfaguara, 2010), *Esperando tus ojos* (Cuentos, Hombre Nuevo Editores, 2011), *La oración de Manuel y otros relatos* (Universidad del Valle 2012), *La mirada del huésped* (Hombre Nuevo Editores, 2013), *La espiral del alambique*, (cuentos, Sílabas Editores, 2014) *Las pequeñas causas* (cuentos, Sílabas Editores, 2016) y *Retratos*, (Editorial EAFIT2017).

Manuscrito encontrado y traducido por Porfirio Ualla...

Andrés Leal

Anhelaba volar. Abrí las alas con las patas en el suelo. Trémula el ala derecha se erigía, mientras la izquierda caía lánguida.

Recordé a mi madre, que en el idioma de los pájaros me dijo frases inteligibles para el ser humano, pero que yo, acá traduciré.

Para volar, coordina todo el cuerpo, las dos alas fuertes, la cola siempre recta, pues es tu timón y el pico robusto porque con él romperás el viento.

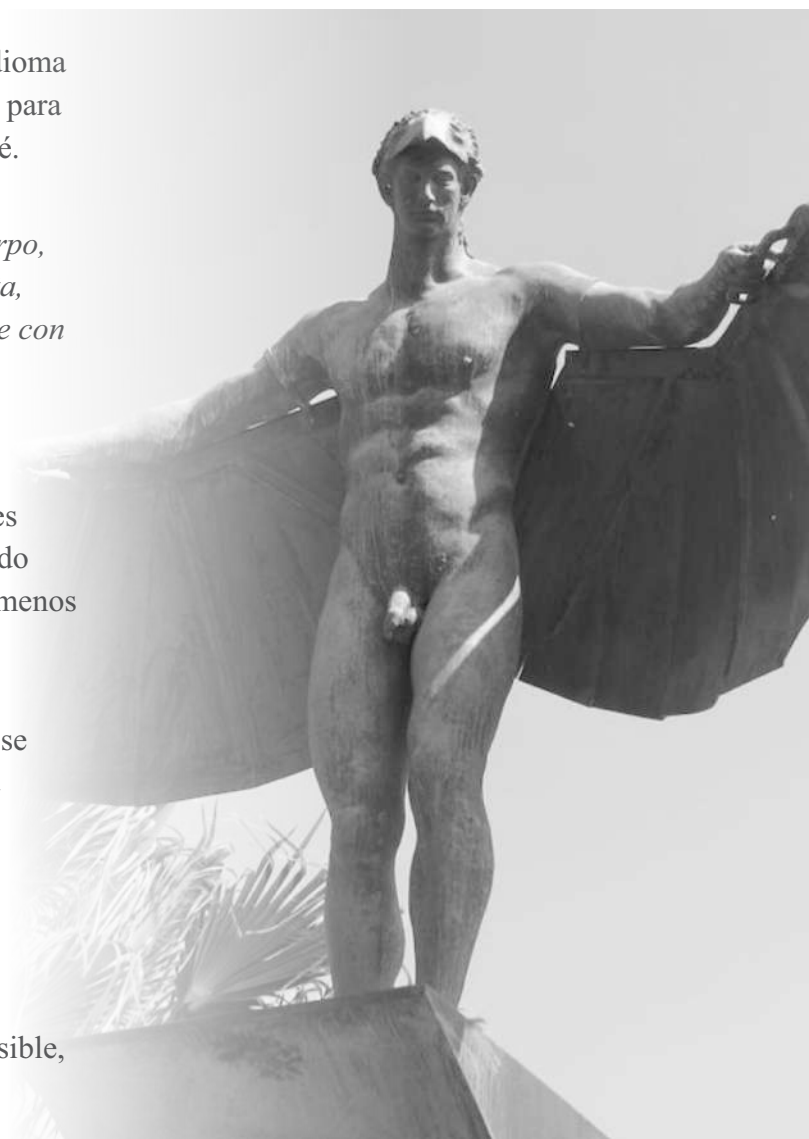
Luego, me empujó al vacío...

Mientras uno cae hacia la nada, es imposible recordar cualquier consejo dado por la madre o cualquier otro; y mucho menos aplicarlo.

Sólo queda mover las alas como se pueda, al igual que la cola y el pico para sobrevivir.

Se aprende, por lo tanto, a volar cuando uno se desbarranca.

Con las patas en el suelo no es posible, ni conveniente.



Retrospección

Anderson Cuy

"El Ello es la parte inconsciente, primitiva e innata de la mente, es una zona oscura e inaccesible, repleta de impulsos instintivos e inclusive auto destructivos, cuya única realidad, son sus necesidades egoístas"

Teoría de la personalidad (Sigmund Freud).

Estoy en una casa ajena a mí, parece que son mis familiares los que me acompañan, escucho unas voces, me confunden, estoy entrando en desesperación; estas son siempre en siseo, un murmullo desagradable que me es imposible comprender y que, me hacen recordar aquel canto prohibido de Diamanda Galas, este sonido se me es molesto, más aún cuando veo que las bocas de los que me acompañan en la habitación, están inmóviles; cierro mis ojos para intentar comprender alguna palabra entre estas malditas y desesperantes cacofonías, hasta que logro identificar entre los murmullos, un mensaje en un tono estridente, ¡despierta!, al escucharlo siento como un gran latido en mi pecho, llena de sangre caliente todo mi cuerpo y, de golpe abro los ojos.

Encuentro frente a mí a una mujer de tez blanca, me da la impresión que en algún momento de mi vida he tenido la fortuna de admirar las delicadas facciones de esta joven, esto genera un alivio y también desasosiego al no poder recordarla.



Un evento me exalta, sus de globos oculares, que son de color ámbar, miran aterrorizados como sus manos se aproximan a su rostro, estas dan impresión de suciedad, aspereza y tosquedad, imposibles para una dama, mientras el rumorear no desaparece en mi cabeza, sus labios y manos están temblorosos, y sus ojos, a punto de salir de las orbitas; estos están fijos en mí, mientras sus asquerosas manos acarician su exquisito rostro, con una sensualidad incomparable.

Estoy inmóvil, no por el deleite que esta hermosa mujer daba a mis enfebrecidos ojos, ni por el miedo e impotencia que se reflejaba en ella, sino por la forma como estos dos comportamientos, la sensualidad y el pánico, se podía mezclar en un rostro.

Pasaron algunos segundos, soy consciente de que esta escena no es algo más que una pesadilla, mi subconsciente creando mundos específicos donde se encuentran mis mayores miedos y placeres. Trato de llegar a la vigilia, ¿qué tipo de acción (me pregunto) debo realizar para despertar?, actúo con violencia, trato de moverme, es imposible, comienzo a desesperarme. Trato de calmarme, hecho que se me es dificultoso, ya que el sonido no desaparece de mi cabeza, ¡que fatiga despertar!, un grito, un borboteo entre espumarajos y sangre, que proviene de la mujer me aleja de mi ardua labor, veo como con violencia sus manos envuelven su cuello, parece carecer control sobre estas, que frágil es el cuello (pensé); angustiados veo que sus ojos gritan, intento auxiliarla, quiero hacerlo, no puedo soportar lo que estoy presenciando, pero mi cuerpo no responde, sólo soy un espectador.

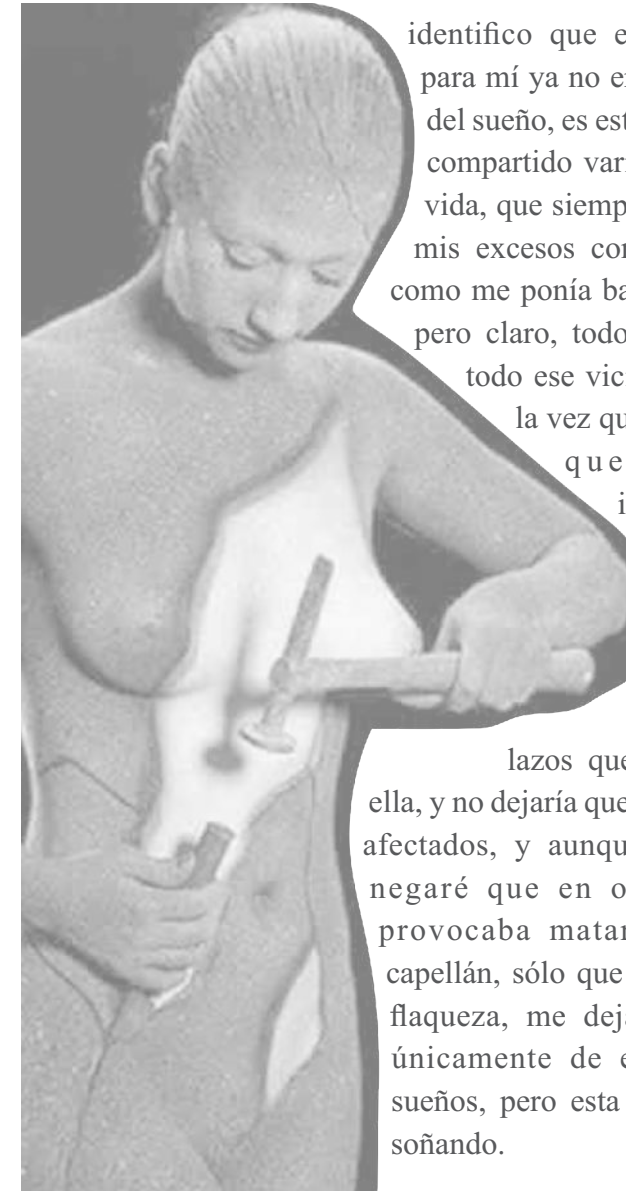
Reflexiono sobre el hecho que acabo de sentir, al cual me he negado en el transcurso de

mi vida: “nos lamentamos del dolor de otros y ayudamos al que lo necesita, este altruismo siempre ha sido el hecho más corrupto del hombre y, es este acto el que nos ubicaba, como especie, en el escalón más bajo de la naturaleza” las acciones egoístas deben regir nuestra existencia.

Su rostro blanco se torna cada vez más rojo, mientras las arterias temporales se hacían más visibles hasta llegar a un tamaño excesivo; las voces en mi cabeza se tornan más claras y reconozco muchas voces en diferentes gamas y matices, que dicen la misma palabra al unísono, ¡despierta!

Mi palpitir aumenta, el ámbar de sus ojos cambió a lechoso y la fina piel blanca ahora está morada; se desploma estrepitosamente, por segunda vez cierro mis ojos, buscando alejarme de la pavorosa imagen que yacía cerca mío, me doy cuenta que lo único que controlo de mi cuerpo son mis parpados, pero en el instante que lo hago, los murmullos comienzan a molestar nuevamente, retumbando hasta rayar en lo deplorable.

Despierto de golpe, eso creo, tengo control sobre mi cuerpo pero me encuentro mareado, confuso y mis sentidos alterados, como quien ha bebido desmedidamente, al mismo tiempo liberado de ese horrible sueño que creó mi subconsciente, el sueño es el medio de satisfacción alucinatoria, ¿Cómo poder diferenciar (me pregunto) entre un sueño y la realidad?, nuestros recuerdos a veces se nos son confusos, aunque en ocasiones, estamos seguros que un recuerdo es un sueño, nos cuestionamos y buscamos una verificación, una confirmación de la realidad: como quien se revisa la boca, al soñar que sus dientes caen. Trato de buscar esa confirmación, ya que por fin



identifico que esa dama, que para mí ya no era tan dama, la del sueño, es esta con la que he compartido varios años de mi vida, que siempre renegaba de mis excesos con el alcohol y como me ponía bajo sus efectos, pero claro, todo era su culpa, todo ese vicio inició desde la vez que me di cuenta que yo era un imbécil, pero no me separaría de ella, porque habían dos niños, dos lazos que me ataban a ella, y no dejaría que ellos se vieran afectados, y aunque la amo, no negaré que en ocasiones me provocaba matarla junto ese capellán, sólo que mi cobardía y flaqueza, me dejaban disfrutar únicamente de ese placer en sueños, pero esta vez no estaba soñando.

Temblores

Hammes Reineth Garavito

*A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto,
y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.*

Oscar Wilde



Eran las 2 de la mañana, jamás había esperado aquello, dormíamos en el cuarto con mi esposa, cuando ese temblor sobre la superficie me levantó de un solo salto.

Había girado mi cuerpo, y al abrazar a la dueña de mi ser, sentí el temblor, sin más salte de la cama, me acerque al interruptor y encendí el bombillo, su luz amarillenta llenó el cuarto. Yo estaba atento a una réplica, los minutos corrían y no pasaba nada. Mi esposa con mirada entre dormida y despierta me miró y preguntó qué había pasado, para ella había sido superficial, pero a mí ese temblor me transportó en el tiempo hasta el año 1985, cuando a las 9:09 de la noche en la casa de mis abuelos sentí algo parecido, aunque totalmente diferente. Ese día corrí con mi hermana al borde de la puerta, era lo que a uno de chinche le habían dicho, “en

caso de temblor hágase en el borde de la puerta” allí esperamos la réplica y esta se dio a los pocos minutos, confirmando lo que habíamos sentido, había sido fuerte.

Al día siguiente y después de un sueño poco profundo y con la preocupación de que podría volver a ocurrir, leíamos en los diferentes periódicos lo que al país le había ocurrido, la vida de muchos colombianos había sucumbido al desastre, al presidente Belisario le tocaría en los meses siguientes la reconstrucción de una gran parte del Tolima, de Armero, pero en esta ocasión fue diferente.

Era septiembre y aunque mi esposa quería que volviera a dormir, no pude, estaba a la espera de la réplica, quería ver la vibración de esa superficie que me tenía anonadado, pero los minutos pasaban y nada sucedía; finalmente y ante el cansancio y el sueño me dejé llevar por los tentáculos del amor y volví a abrazar a mi esposa, pero el destino quería que mi vida cambiara y ante un sueño poco profundo y estando entrecruzados los brazos de mi esposa, se presentó la réplica.

Corrí nuevamente a buscar la luz, y la réplica se dio, vi la vibración que ya llevaba

años, meses, semanas, días y finalmente minutos esperando, sentí otra vez el temblor y ante el poco desorden que produjo vi la realidad.

Sentí y vi la réplica y fue cuando comprendí, finalmente, que iba ser padre y que mi hija estaba dando sus primeras manifestaciones a la vida, dentro de mi esposa pateaba para darme a entender lo que esperaba, estábamos embarazados.

